

BALDIRI ROS

Presidente del Institut Agrícola Català de Sant Isidre

Sr. Ros, comencemos por una fecha importante como es el 170 aniversario de L'Institut Agrícola. Imagínese que se le acerca alguien que no conoce esta institución. ¿Cómo le resumiría brevemente este más de siglo y medio de historia de L'Institut Agrícola y qué es hoy esta casa?

Es una historia apasionante la de una institución que lleva 170 años vinculada al sector agroindustrial. Nació para innovar y modernizar la agricultura en un momento en que había una necesidad perentoria de producir alimentos a gran escala. Se buscaron nuevos cultivos, nuevas maquinarias, una renovación que sólo era posible obtener en el ámbito privado dado que en aquellos momentos la administración no existía. Se convirtió en el actor protagonista de este cambio en técnicas y cultivos para mejorar la productividad.

En la evolución que hemos tenido hasta hoy, la esencia es la misma dándole, a día, de hoy una visión auténticamente empresarial y también de un mundo rural con una despoblación que hay que combatir. Y de ahí nuestra pertenencia también a Foment del Treball, donde contamos en este momento con una de sus vicepresidencias.

Es una historia a grandes rasgos donde se pueden destacar avances significativos como el laboratorio agrícola, la creación del primer Cava, las primeras granjas escuelas, el Canal d'Urgell... todo ello siempre vinculado a la mejora de la calidad de vida de los agricultores y la mejora de las empresas. Siempre hemos tenido esos objetivos claros y concretos.

La experiencia es un grado, no sólo en esta casa sino también en su equipo directivo. De todos estos años como presidente de L'Institut Agrícola dando diferentes batallas y en frentes muy diversos, ¿cómo cree que ha evolucionado la posición del Institut tanto en el sector



como en general, en esto además que comentaba hace un momento, del mundo económico y empresarial?

No ha sido fácil, ya que partíamos de pequeñas economías familiares, y esto ya no es una realidad factible, hay que evolucionar. La postura ha sido fácil porque hemos defendido un modelo empresarial contrario al mayoritario que defendía que no hacía falta ganar mucha dimensión. Nosotros creemos que es necesario crecer y agruparse para poder ser competitivos, y es lo que intentamos transmitir como cambio de paradigma tanto en Catalunya como en España y sobre todo en la Unión Europea. Si la Unión Europea no cambia su visión de modelo agrario, difícilmente tendremos competitividad y seremos más vulnerables ante economías mucho más competitivas.

Estos son nuestros objetivos. Con la pertenencia a Foment del Treball y a CEOE, trabajamos en una labor de pedagogía, influencia y relación que no es sencilla. Es probable que el modelo agrario "verde" impulsado por la actual Comisión Europea se acabe imponiendo:

la idea de pequeñas explotaciones, el consumo de proximidad... Puede estar bien como discurso, pero soy de la opinión de que lo primero y más importante es ser competitivos para lograr economías de escala y, gracias a ello, poder cumplir con todos los objetivos de conservación de la biodiversidad, calidad de los alimentos e influencia positiva sobre el resto de la economía que cada vez se nos impone con más fuerza.

Si le parece, pasamos a hablar del presente y también, por supuesto, del futuro del sector agroalimentario. Si tuviera que destacar tres retos concretos para el sector agroalimentario a nivel europeo, ¿cuáles serían a su juicio?

En primer lugar, cambiar el modelo empresarial. Es fundamental para ser competitivos. Hemos de pasar de un sector subvencionado en rentas para ser un sector potenciador de estructuras productivas fuertes y estables en el tiempo.

En segundo lugar, la profesionalización del sector. El sector necesita gente muy bien preparada, para conocer estrategias, comercialización, posicionamiento de lo agroalimentario en el mundo. Cuando se ha intentado hacer un máster en este ámbito (salvo ejemplos muy concretos como en Sevilla con San Telmo y alguno más) los resultados han sido escasos. Se intentó en los años ochenta con el IESE hacer un máster sobre dirección de empresas agrarias y empresas cooperativas, pero no tuvo éxito.

Y, en tercer lugar, la internacionalización, llegar a cualquier parte del mundo. No hace falta ser una gran multinacional sino simplemente una empresa bien dimensionada para ser capaz de exportar cualquier cosa a cualquier parte del mundo. Se necesita producir con valor añadido, capacidad de producir cosas que los demás no produzcan, con la calidad y la exigencia que los consumidores quieren.

Sr. Ros: ¿cree que estamos “condenados” a un mundo donde la agroindustria, el sector alimentario, pesará menos del 1% del PIB (ahora estamos en torno al 5 solamente en lo que es el sector primario)? ¿Por qué sí se le ponen objetivos de cuanto tiene que pesar en el PIB la industria y otros sectores y no la agricultura?

Que no existan objetivos de peso sobre el PIB de un sector tan importante como el agroalimentario es inaudito. Es un sector que, en el conjunto de toda la cadena, estamos en torno al 15% del PIB. Cuando se habla de

reindustrializar España o Catalunya no se tiene en cuenta el sector agroalimentario, lo cual es inconcebible.

Es evidente que hay que cambiar esta tendencia. A mí me parece bien que haya que reindustrializar el país, pero uno de los temas fundamentales para esta reindustrialización es el sector agroalimentario que es lo que nos da la soberanía productiva en este país. La soberanía alimentaria nos la puede garantizar Brasil, China o la India, pero la soberanía productiva depende de nosotros mismos, y ya vemos que el tema de la crisis de las materias primas está poniendo en jaque cuestiones como los precios, la cesta de la compra, la renta familiar disponible que va a sufrir mucho.

Casi siempre que se aborda en los grandes medios de comunicación, también en las redes sociales, el sector agroalimentario, casi siempre surgen las mismas discusiones, los mismos tópicos si me permite: cuando hablamos de subvenciones, el escaso valor que percibe el agricultor con respecto al resto de la cadena alimentaria, etc. ¿Qué cree que puede hacerse desde el propio sector para evidenciar que es economía como cualquier otra y no un “mundo aparte” que necesite estar permanentemente subvencionado?

Si estamos más pendientes de lo que nos pueden resolver las administraciones públicas y otros sectores, difícilmente vamos a conseguir esto. Por lo tanto, se puede actuar en el ámbito más importante que es Europa, lo cual tiene que ser la primera instancia en este cambio de paradigma, que toda la política agraria comunitaria vaya dirigida más a potenciar estructuras que no a potenciar rentas. Hoy en día, casi un 30% en España de la renta agraria proviene de subvenciones, lo cual es un mal síntoma. Hay sectores que no - como el porcino o los frutales- pero la gran mayoría sí lo están.

Somos economía de igual modo que otros sectores, se puede arrancar un proceso de generación de competitividad como proveedores de otros sectores. Para ello no hay subterfugios ni atajos como establecer precios mínimos. No podemos aceptar que alguien nos proteja para poder continuar haciendo la tarea. Por ejemplo, en el mundo de la leche y dadas sus problemáticas actuales, las grandes granjas de más de mil vacas pueden, competir en precio y calidad.

Le pregunto con respecto a la soberanía productiva. ¿Cree que es compatible la estrategia “verde” que está poniendo en marcha la Unión Europea (el Pacto verde) o eso entra de alguna forma en conflicto con un principio fundacional de la Unión Europea como es el de la soberanía alimentaria?



Hay un conflicto evidente. Estamos perdiendo capacidad de producción, y si no tenemos capacidad no podemos cumplir con el primer mandato del Acta fundacional que era garantizar la alimentación. Así, dependeremos de productos exteriores, con lo cual tampoco podremos garantizar precios razonables. Y tampoco podremos garantizar de forma estable una alimentación con altos estándares de calidad. Creo que la visión verde que pretende dar la Unión Europea se hace desde una visión poco inteligente. Si reducimos nuestras producciones para preservar el territorio y no pensamos en la agricultura, vamos a perder capacidades exportadoras.

Estamos en plena ola inflacionista, donde uno de los peligros es que se prolongue provocando un encarecimiento sustancial de la cesta de la compra, entre ellos, los bienes alimentarios. ¿No cree que ahora estén empezando a llegar las facturas de la ambición climática, de la ambición “verde” europea?

Diría que aún no han llegado las facturas importantes, pero empezarán. Los consumidores y las empresas ya empiezan a notar incrementos importantes de precios de materias primas que probablemente si nos esforzáramos en algunas de ellas produciendo una parte importante en Europa (y aquí sí que podría haber la capacidad de subvención) para garantizar su disponibilidad, se produciría una bajada automática de los precios. Cuando se depende de mercados exteriores, el día que se descubre que eres sensible a la falta de producto, te lo encarecen.

Pretender que se viva a base de agricultura orgánica o ecológica es una quimera y un perjuicio futuro difícilmente reparable. Por ejemplo, si solo confiamos en un modelo de producción de huevos camperos de “gallinas felices”, la mayoría de gente no podrá comer huevo, y hoy el huevo es un alimento donde las familias con menos ingresos tienen un mecanismo de alimentación importante.

En clave de nuestro mercado interno, ¿cuál cree que es la importancia de infraestructuras, como es el caso

de la ampliación del aeropuerto de El Prat, la modernización del regadío de los Canales de Urgel o el Corredor Mediterráneo ferroviario? Es decir, ¿cuál es el papel que este tipo de infraestructuras puede tener, no solo para el sector agroalimentario, y de qué forma el sector agroalimentario puede beneficiarse de este tipo de infraestructuras?

Cualquier infraestructura que se programe es fundamental para lo que hemos dicho siempre: competitividad, capacidad de llegar a otros mercados. Una infraestructura como el Corredor del Mediterráneo, es decir, poder transportar mercancías desde Almería hasta el centro de Europa en transporte ferroviario, facilitaría muchísimo la competitividad.

En segundo lugar, una infraestructura en Catalunya como los Canals de Urgell, con 80.000 hectáreas de regadío, pues si no se moderniza, vamos a tener dificultades para mantener un hub alimentario como el que debemos tener en el sur de Europa. La modernización implica una reducción del consumo de agua, implica mejora de las producciones, implica muchísimas cosas que van a favor de lo que pretendemos, que es, con la misma tierra producir más, para ser capaces de alimentar a más población mundial. Ir contra estos proyectos es ir contra el progreso, contra la riqueza del país, especialmente. Como bien sabemos gracias a la historia, las elites son las que se han opuesto más a los cambios, ¿por qué?, porque ellos ya están bien.

Con respecto al aeropuerto, hay que estar a favor de su ampliación porque esto va a favorecer el intercambio internacional, no solamente de turismo, sino de viajes de negocio, de capacidad de relacionarse con el mundo. Pero si, además, todo el entorno del aeropuerto lo convertimos en otro pequeño hub alimentario, solucionando los problemas que tenemos de inundaciones, de falta de drenajes... se convierte en un proyecto verdaderamente transformador con una visión de capacidad económica de futuro, para ampliar el potencial de abastecimiento de alimentos en el entorno de 5 millones de habitantes. Al final lo real es:

aeropuerto internacional, capacidad de transporte, de viajeros, de ejecutivos, de empresarios, y por último y muy importante, un aeropuerto de carga que permitiría grandes aviones de carga que facilitarían el transporte.

Una pieza clave del futuro es reconocer el valor y la labor de los propietarios forestales después de décadas de abandono y, si me permite la expresión, de maltrato por parte de los reguladores. Con respecto a este sector, ¿qué papel está jugando el Institut?

El sector forestal siempre ha sido un sector en el que hay una mayoría de ecologistas o de conservacionistas que pretende que el bosque sea algo inamovible, que no se pueda tocar, lo cual significa crear ingentes cantidades de biomasa para que se quemara. Es necesario extraer la biomasa del bosque y quemarla para fines energéticos. Hoy en día con unas poblaciones por hectárea muy abundantes no se permite tener una gran calidad de madera. Entonces la gestión ¿que permite? Pues dejar la población de árboles necesarios para una buena gestión y generar productos y subproductos de alto valor añadido.

Si el bosque está gestionado la peligrosidad de los incendios disminuye. Tan importante es invertir en prevención contra incendios como en gestión sostenible. Ahora mismo el precio de la madera está subiendo, lo cual es un factor importante para sacarle un rendimiento en lugar de tener unas masas forestales que no solamente no han disminuido con los años, sino que van aumentando. El dogma de que hay que dejar los bosques madurar es un error. Se pueden dejar muestras para saber cómo eran en la antigüedad, pero no hace falta dejar grandes masas porque esto al final es pasto de las llamas.

Vivimos una época donde se habla recurrentemente de la despoblación de las zonas rurales, la deslocalización que se está produciendo en algunos sectores económicos, de sus trabajadores, cómo se está potenciando el teletrabajo, pero, en no demasiadas ocasiones se habla de la incorporación de los jóvenes al sector agroalimentario, a los cuales a menudo se les incentiva fundamentalmente a endeudarse y a hacer inversiones en maquinaria, incluso en la compra de terrenos que son difícilmente amortizables. Imagínese que un joven que quiere entrar en el sector se le acercara a pedirle consejo pidiendo consejo ¿cómo lo guiaría?, ¿qué le diría?

Hay dos fórmulas para la incorporación de los jóvenes al sector. Por un lado, está la fórmula de la continuidad de una empresa agrícola que ya llevaba el padre y el

hijo continúa. Esta incorporación de un hijo a una explotación familiar no se ha resuelto de forma correcta desde la Unión Europea o desde las administraciones públicas nacionales, ¿por qué? Porque obligan a hacer un contrato de arrendamiento, a fracturar la finca para que el joven se incorpore, en fin, unos mecanismos que son absurdos. Si un hijo ya trabaja con un padre, habrá que incentivarle en base a una fiscalidad adecuada, facilitarles la formación adecuada, facilitarles una serie de cuestiones que les permitan continuar.

Que venga una persona de fuera a montar un negocio agrario esto es más complicado, y el que lo decide, no hace falta que le explique muchas cosas. Es decir, él por su cuenta vendrá a preguntarte.

Desde luego, si hay un camino equivocado es el que existe hasta la fecha de forma generalizada, la incorporación de jóvenes mediante ayudas. El porcentaje de jóvenes que reciben ayudas y sobreviven a los cinco años es muy bajo. Hay que buscar fórmulas empresariales de continuidad, como una empresa familiar de cualquier otro sector.

En cuanto a la despoblación, realmente en un momento en que se ha extendido el teletrabajo y la deslocalización, nos hemos encontrado con que las infraestructuras digitales son débiles, por ejemplo, zonas donde la gente ha querido aprovechar el teletrabajo, pero donde hay momentos del día que es prácticamente imposible. Un primer aspecto necesario es potenciar las infraestructuras digitales. Y después un nuevo modelo fiscal incluyendo servicios públicos básicos como salud o educación. Todo esto no se lleva a cabo, porque para la administración es más cómodo que un niño de un pueblo se desplace cada día 100 kilómetros y no que el profesor sea el que se desplace los 100 kilómetros a dar clases en los pueblos. De igual forma la figura de la medicina rural.

Pel que fa a la despoblació, realment en un moment en què s'ha estès el teletreball i la deslocalització, ens hem trobat que les infraestructures digitals són febles, per exemple, zones on la gent ha volgut aprofitar el teletreball, però on hi ha moments del dia que és pràcticament impossible. Un primer aspecte necessari és potenciar les infraestructures digitals. I després un nou model fiscal incloent serveis públics bàsics com salut o educació. Tot això no es porta a terme, perquè per l'administració és més còmode que un nen d'un poble es desplaci cada dia 100 quilòmetres i no que el professor sigui el que es desplaci els 100 quilòmetres a fer classes als pobles. De la mateixa manera la figura de la medicina rural.